

Lectora

10

H. Marcuse

Eros y Civilización

México, D.F.

ed. Joaquín Morúa (1965)

INTRODUCCION

La proposición de Sigmund Freud acerca de que la civilización está basada en la subyugación permanente de los instintos humanos ha sido pasada por alto. Su pregunta sobre si los sufrimientos infligidos de este modo a los individuos han valido la pena por los beneficios de la cultura no ha sido tomada muy seriamente —tanto más cuanto que Freud mismo consideraba el proceso inevitable e irreversible. La libre gratificación de las necesidades instintivas del hombre es incompatible con la sociedad civilizada: la renuncia y el retardo de las satisfacciones son los prerequisites del progreso. "La felicidad —dice Freud— no es un valor cultural." La felicidad debe ser subordinada a la disciplina del trabajo como una ocupación de tiempo completo, a la disciplina de la reproducción monogámica, al sistema establecido de la ley y el orden. El metódico sacrificio de la libido es una desviación provocada rigurosamente para servir a actividades y expresiones socialmente útiles, es cultura.

El sacrificio ha valido la pena: en las zonas técnicamente avanzadas de la civilización, la conquista de la naturaleza es prácticamente total y un mayor número de necesidades de un mayor número de gentes son satisfechas más que nunca. Ni la mecanización, ni la regularización de la vida, ni el empobrecimiento mental, ni la creciente destructividad del progreso actual dan suficiente motivo para dudar del "principio" que ha gobernado el progreso de la civilización occidental. El aumento continuo de la productividad hace cada vez más realista la promesa de una vida todavía mejor para todos.

Sin embargo, la intensificación del progreso parece estar ligada con la intensificación de la falta de libertad. A lo largo de todo el mundo de la civilización industrial, la dominación del hombre por el hombre está aumentando en dimensión y eficacia.

Y esta amenaza no aparece como una transitoria regresión incidental en el camino del progreso. Los campos de concentración, la exterminación en masa, las guerras mundiales y las bombas atómicas no son una "recaída en la barbarie", sino la irreprimida implementación de los logros de la ciencia moderna, la técnica y la dominación. Y la más efectiva subyugación y destrucción del hombre por el hombre se desarrolla en la cumbre de la civilización, cuando los logros materiales e intelectuales de la humanidad parecen permitir la creación de un mundo verdaderamente libre.

Estos aspectos negativos de la cultura actual pueden señalar muy bien la decadencia de las instituciones establecidas y la creación de nuevas formas de civilización: la represión es quizá más vigorosamente mantenida cuando llega a ser más innecesaria. Si en realidad debe pertenecer a la esencia de la civilización como tal, la pregunta de Freud sobre el precio de la civilización carecería de sentido —porque no habría otra alternativa.

Pero las propias teorías de Freud dan razones para rechazar su identificación de la civilización con la represión. Sobre el terreno de sus propios logros teóricos, la discusión del problema debe abrirse de nuevo. ¿Constituye realmente el principio de la civilización la interrelación entre la libertad y la represión, la productividad y la destrucción, la dominación y el progreso? ¿O esta interrelación es sólo el producto de una organización histórica específica de la existencia humana? En términos freudianos, ¿es irreconciliable el conflicto entre el principio del placer y el principio de la realidad hasta el grado que necesita la transformación represiva de la estructura instintiva del hombre? ¿O permite la existencia del concepto de una civilización no represiva, basada en una experiencia del ser fundamentalmente diferente, una relación entre el hombre y la naturaleza fun-

damentalmente diferente y unas relaciones existenciales fundamentalmente diferentes?

La idea de una civilización no represiva será discutida no como una especulación abstracta y utópica. Creemos que la discusión está justificada en dos aspectos concretos y realistas: primero, la misma concepción teórica de Freud parece refutar su consistente negación de la posibilidad histórica de una civilización no represiva, y, segundo, los mismos logros de la civilización represiva parecen crear las precondiciones necesarias para la abolición gradual de la represión. Para elucidar estos aspectos, debemos tratar de reinterpretar la concepción teórica de Freud en términos de su propio contenido socio-histórico.

Este procedimiento implica una oposición a las escuelas revisionistas neofreudianas. En contraste con los revisionistas, creo que la teoría de Freud es en su misma sustancia "sociológica" y que no se necesita ninguna orientación cultural o sociológica para revelar esta sustancia. El "biologismo" de Freud es teoría social en una profunda dimensión, que ha sido consistentemente debilitada por las escuelas neofreudianas. Al deslizar el énfasis del inconsciente al consciente, de los hechos biológicos a los culturales, ellos separan las raíces de la sociedad de los instintos y en su lugar ponen a la sociedad en el nivel en que confronta al individuo como su "ambiente" natural, sin investigar sus orígenes y su legitimidad. El análisis neofreudiano de este ambiente sucumbe así a la mistificación de las relaciones sociales, y su crítica se mueve sólo dentro de la firmemente sancionada

¹ Sobre el tema del carácter sociológico de los conceptos psicoanalíticos, ver Heinz Hartmann, "The Application of Psychoanalytic Concepts to Social Science", en *Psychoanalytic Quarterly*, vol. XIX, n.º 3, 1950; Clyde Kluckhohn, *Antropología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951; y Heinz Hartmann, Ernst Kris y Rudolph M. Lowenstein, "Some Psychoanalytic Comments on 'Culture and Personality'", en *Psychoanalysis and Culture: Essays in Honor of Géza Róheim*, Nueva York, International Universities Press, 1951.

y bien protegida esfera de las instituciones establecidas. Consecuentemente, la crítica neofreudiana sigue siendo ideológica en un sentido estricto; carece de bases conceptuales fuera del sistema establecido; la mayor parte de sus ideas y valores son aquellos provistos por el sistema. La moral idealista y la religión celebran su feliz resurrección: el hecho de que son embellecidas con el vocabulario de la misma psicología que originalmente refutó su pretensión apenas disimula su identidad con las actitudes oficialmente deseadas y protegidas.² Lo que es más, nosotros creemos que las percepciones más profundas y concretas acerca de la estructura histórica de la civilización están contenidas precisamente en los conceptos que los revisionistas rechazan. Casi toda la metapsicología freudiana, su última teoría de los instintos, su reconstrucción de la prehistoria de la humanidad, pertenecen a estos conceptos. Freud mismo los consideró meras hipótesis de trabajo, valiosas para elucidar ciertos puntos oscuros, para establecer lazos tentativos entre percepciones teóricamente desconectadas, abiertas siempre a la corrección y susceptibles de ser descartadas cuando ya no facilitaran el progreso de la teoría y la práctica psicoanalítica. En el desarrollo postfreudiano del psicoanálisis, esta metapsicología ha sido eliminada casi por completo. Como el psicoanálisis ha llegado a ser social y científicamente respetable, se ha liberado a sí mismo de las especulaciones comprometedoras. Comprometedoras lo eran, en verdad, en más de un sentido: no sólo trascendían el campo de la observación clínica y la utilidad terapéutica, sino que también interpretaban al hombre en términos mucho más ofensivos para los tabús sociales que el "pansexualismo" inicial de Freud —términos que revelaban los fundamentos explosivos de la civilización. La discusión siguiente tra-

² Para un estudio más específico sobre el revisionismo neofreudiano, ver el epílogo.

tará de aplicar esas percepciones consideradas tabús del psicoanálisis (consideradas tabús inclusive dentro del mismo psicoanálisis) para una interpretación de las tendencias básicas de la civilización.

El propósito de este ensayo es contribuir a la filosofía del psicoanálisis —no al psicoanálisis en sí mismo. Se mueve exclusivamente en el terreno de la teoría, y deja fuera la disciplina técnica que el psicoanálisis ha llegado a ser. Freud desarrolló una teoría del hombre, una "psico-logía" en el sentido más estricto. Con esta teoría, Freud se situó a sí mismo en la gran tradición de la filosofía y bajo un criterio filosófico. Nuestra preocupación no se dirige a lograr una correcta o mejor interpretación de los conceptos freudianos, sino a sus implicaciones filosóficas y sociológicas. Freud separó conscientemente su filosofía de su ciencia; los neofreudianos han negado la mayor parte de la primera. En el terreno terapéutico tal negación puede estar perfectamente justificada. Sin embargo, ningún argumento terapéutico debe impedir el desarrollo de una construcción teórica que pretende, no curar la enfermedad individual, sino diagnosticar el desorden general.

Unas cuantas explicaciones preliminares de los términos son necesarias: "Civilización" es usado intercambiabilmente con "Cultura" —como en *El malestar en la cultura* de Freud.

"Represión" y "represivo" son usados en el sentido no técnico para designar los procesos conscientes e inconscientes, externos e internos de restricción, contención y supresión.

"Instinto", de acuerdo con la noción de Freud de *Trieb*, se refiere a los "impulsos" primarios del organismo humano que están sujetos a modificación histórica; encuentran representación mental tanto como somática.

PRIMERA PARTE
BAJO EL MANDO DEL PRINCIPIO
DE LA REALIDAD

I. LA TENDENCIA OCULTA EN EL PSICOANALISIS

El concepto del hombre que surge de la teoría freudiana es la acusación más irrefutable contra la civilización occidental —y al mismo tiempo, es la más firme defensa de esta civilización. De acuerdo con Freud, la historia del hombre es la historia de su represión. La cultura restringe no sólo su existencia social, sino también la biológica, no sólo partes del ser humano sino su estructura instintiva en sí misma. Sin embargo, tal restricción es la precondition esencial del progreso. Dejados en libertad para perseguir sus objetivos naturales, los instintos básicos del hombre serían incompatibles con toda asociación y preservación duradera: destruirían inclusive lo que unen. El Eros incontrolado es tan fatal como su mortal contrapartida: el instinto de la muerte. Sus fuerzas destructivas provienen del hecho de que aspira a una satisfacción que la cultura no puede permitir: la gratificación como tal, como un fin en sí misma, en cualquier momento. Por tanto, los instintos deben ser desviados de su meta, inhibidos en sus miras. La civilización empieza cuando el objetivo primario —o sea, la satisfacción integral de las necesidades— es efectivamente abandonado.

Las vicisitudes de los instintos son las vicisitudes del aparato mental en la civilización. Los impulsos animales se transforman en instintos humanos bajo la influencia de la realidad externa. Su "localización" original en el organismo y su dirección básica sigue siendo la misma, pero sus objetivos y sus manifestaciones están sujetos a cambio. Todos los conceptos psicoanalíticos (sublimación, identificación, proyección, represión, introyección) implican la mutabilidad de los instintos. Pero la realidad que da forma a los instintos, así como a sus necesidades y satisfacciones, es un mundo socio-histórico. El animal hombre llega a ser un ser humano sólo por medio de una

Muy
okk
Llan

fundamental transformación de su naturaleza que afecta no sólo las aspiraciones instintivas, sino también los "valores" instintivos —esto es, los principios que gobiernan la realización de estas aspiraciones. El cambio en el sistema de valores vigente puede ser definido provisionalmente como sigue:

de:	a:
satisfacción inmediata	satisfacción retardada
placer	restricción del placer
gozo (juego)	fatiga (trabajo)
receptividad	productividad
ausencia de represión	seguridad

Freud describió este cambio como la transformación del principio del placer en el principio de la realidad. La interpretación del "aparato mental" en términos de estos dos principios es básica para la teoría de Freud y sigue siéndolo a pesar de todas las modificaciones de la concepción dualista. Corresponde en gran parte (pero no por completo) a la diferenciación entre procesos inconscientes y conscientes. El individuo existe, como quien dice, en dos dimensiones diferentes, caracterizadas por procesos mentales y principios diferentes. La diferencia entre estas dos dimensiones es genética-histórica tanto como estructural: el inconsciente regido por el principio del placer, abarca "los mas viejos procesos primarios, los residuos de una fase de desarrollo en la cual eran la única clase de proceso mental". No luchan más que por "obtener placer; ante cualquier operación que puede provocar desagrado ('dolor') la actividad mental retrocede".¹ Pero el principio del placer irrestringido entra en conflicto con el ambiente natural y humano. El individuo llega a la traumática comprensión de que la gratificación total y sin dolor de sus necesidades es imposible. Y des-

¹ Los dos principios del suceder psíquico en *Collected Papers* (C. P.), IV, 14.

pués de esta experiencia de frustración, un nuevo principio de funcionamiento mental gana ascendencia. El principio de la realidad invalida al principio del placer: el hombre aprende a sustituir el placer momentáneo, incierto y destructivo, por el placer retardado, restringido, pero "seguro".² De acuerdo con Freud, a través de esta perpetua conciliación por medio de la renunciación y la restricción, el principio de la realidad "protege" más que "destrona", modifica antes que negarlo, el principio del placer.

Sin embargo, la interpretación psicoanalítica revela que el principio de la realidad provoca un cambio no sólo en la forma y duración del placer sino en su misma sustancia. El ajustamiento del placer al principio de la realidad implica la subyugación y desviación de las fuerzas destructivas de la gratificación instintiva, de su incompatibilidad con las normas y relaciones sociales establecidas, y, por lo mismo, implica la transustanciación del placer mismo.

Con la institución del principio de la realidad, el ser humano que, bajo el principio del placer, ha sido apenas un poco más que un conjunto de impulsos animales, ha llegado a ser un ego organizado. Lucha por "lo que es útil" y lo que puede ser obtenido sin daño para sí mismo y su ambiente vital. Bajo el principio de la realidad, el ser humano desarrolla la función de la razón: aprende a "probar" la realidad, a distinguir entre bueno y malo, verdadero y falso, útil y nocivo. El hombre adquiere las facultades de atención, memoria y juicio. Llega a ser un sujeto consciente, pensante, engranado a una racionalidad que le es impuesta desde afuera. Sólo una forma de actividad de pensamiento es "dejada fuera" de la nueva organización del aparato mental y permanece libre del mando del principio de la realidad: la fantasía está "protegida de las alteraciones culturales" y permanece ligada al principio del placer. Per lo

² *Ibid.*, p. 18.

demás, el aparato mental está efectivamente subordinado al principio de la realidad. La función de las "descargas motoras" que, bajo la supremacía del principio del placer, han "servido para liberar al aparato mental de los acrecentamientos de estímulos", son empleadas ahora en la "apropiada alteración de la realidad": son convertidas en acción.*

La dimensión de los deseos del hombre y los instrumentos de su gratificación son aumentados inconmensurablemente así, y su habilidad para alterar la realidad conscientemente de acuerdo con lo "que es útil" parece prometer la superación gradual de las barreras ajenas a su gratificación. Sin embargo, ni sus deseos ni su alteración de la realidad son de ahí en adelante los suyos: ahora están "organizados" por su sociedad. Y esta "organización" reprime y transustancia sus necesidades instintivas originales. Si la ausencia de represión es el arquetipo de la libertad, la civilización es entonces la lucha contra esta libertad.

La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad es el gran suceso traumático en el desarrollo del hombre —en el desarrollo del género (filogénesis) tanto como en el del individuo (ontogénesis). De acuerdo con Freud, este suceso no es único, sino que se repite a través de la historia de la humanidad y en cada individuo. Filogenéticamente, ocurrió primero en la *horda original*, cuando el *padre original* monopolizaba el poder y el placer y obligaba a la renunciación a los hijos. Ontogenéticamente, ocurre durante el periodo de la primera infancia, cuando la sumisión al principio de la realidad es impuesta por los padres y otros educadores. Pero, tanto en el nivel genérico como en el individual, la sumisión se reproduce continuamente. El mando del padre original es seguido, después de la primera rebelión, por el mando de los hijos, y el

* *Ibid.*, p. 16.

clan de hermanos se desarrolla como dominación social y política institucionalizada. El principio de la realidad se materializa en un sistema de instituciones. Y el individuo, creciendo dentro de tal sistema, aprende los requerimientos del principio de la realidad como los de la ley y el orden, y los transmite a la siguiente generación.

El hecho de que el principio de la realidad tiene que ser reestablecido continuamente en el desarrollo del hombre indica que su triunfo sobre el principio del placer no es nunca completo y nunca es seguro. En la concepción freudiana, la civilización no determina "un estado de la naturaleza" de una vez y para siempre. Lo que la civilización domina y reprime —las exigencias del principio del placer— sigue existiendo dentro de la misma civilización. El inconsciente retiene los objetivos del vencido principio del placer. Rechazado por la realidad externa o inclusive incapaz de alcanzarla, la fuerza total del principio del placer no sólo sobrevive en el inconsciente, sino también afecta de muchas maneras a la misma realidad que ha reemplazado al principio del placer. El retorno de lo reprimido da forma a la historia prohibida y subterránea de la civilización. Y la exploración de esta historia revela no sólo el secreto del individuo sino también el de la civilización. La psicología individual de Freud es en su misma esencia psicología social. La represión es un fenómeno histórico. La efectiva subyugación de los instintos a los controles represivos es impuesta no por la naturaleza, sino por el hombre. El padre original, como el arquetipo de la dominación, inicia la reacción en cadena de esclavitud, rebelión y dominación reforzada que marca la historia de la civilización. Pero siempre, desde la primera restauración prehistórica de la dominación que sigue a la primera rebelión, la represión desde afuera ha sido sostenida por la represión desde adentro; el indivi-

duo sin libertad introyecta a sus dominadores y sus mandamientos dentro de su propio aparato mental. La lucha contra la libertad se reproduce a sí misma, en la psique del hombre, como la propia represión del individuo reprimido, y a su vez su propia represión sostiene a sus dominadores y sus instituciones. Es esta dinámica mental la que Freud revela como la dinámica de la civilización.

De acuerdo con Freud, la modificación represiva de los instintos bajo el principio de la realidad es reforzada y sostenida por la "eterna, primordial lucha por la existencia, ... persistente hasta la actualidad". La escasez (*Lebensnot*, *ananke*) le enseña al hombre que no puede gratificar libremente sus impulsos instintivos, que no puede vivir bajo el principio del placer. El motivo de la sociedad al reforzar la decisiva modificación de la estructura instintiva es así "económico; puesto que no tiene los medios suficientes para sostener la vida de sus miembros sin que estos trabajen por su parte, debe vigilar que el número de estos miembros sea restringido y sus energías dirigidas lejos de las actividades sexuales y hacia su trabajo".⁴

Esta concepción es tan vieja como la civilización y ha proporcionado siempre la más efectiva racionalización para la represión. En gran parte, la teoría de Freud parte de esta racionalización: Freud considera "eterna" la "primordial lucha por la existencia" y, por tanto, cree que el principio del placer y el principio de la realidad son "eternamente" antagónicos. La idea de que una civilización no represiva es imposible es una piedra central de la teoría freudiana. Sin embargo, su teoría contiene elementos que rompen esta racionalización; hacen temblar la tradición predominante del pensamiento occidental e inclusive sugieren su trastrocamiento. Su obra se caracteriza por una incomprometida insistencia en

⁴ Introducción al psicoanálisis, p. 273.

revelar el contenido represivo de los más altos valores y logros de la cultura. En tanto que hace esto, niega la ecuación de la razón con la represión sobre la que está construida la ideología de la cultura. La metapsicología de Freud es un intento continuamente renovado de develar, e interrogar, la terrible necesidad de la conexión interior entre civilización y barbarie, progreso y sufrimiento, libertad e infelicidad —una conexión que se revela a sí misma finalmente como aquella existente entre Eros y Tanatos. Freud interroga a la cultura no desde un punto de vista romántico o utópico, sino sobre la base del sufrimiento y la miseria que su implementación envuelve. La libertad cultural aparece así a la luz de la falta de libertad, y el progreso cultural a la luz del constreñimiento. La cultura no es refutada por esto: la falta de libertad y el constreñimiento son el precio que debe ser pagado.

Pero en tanto Freud expone la dimensión y la profundidad de la falta de libertad y el constreñimiento, descubre las aspiraciones de la humanidad convertidas en tabús: la demanda por un estado en el que la libertad y la necesidad coincidan. Cualquiera que sea la libertad que existe en el campo de la conciencia desarrollada, y en el mundo que ha creado, es sólo derivativa, es una libertad comprometida, obtenida a expensas de la total satisfacción de las necesidades. Y en tanto que la total satisfacción de las necesidades es la felicidad, la libertad en la civilización es esencialmente antagónica de la felicidad: envuelve la modificación represiva (*sublimación*) de la felicidad. Recíprocamente, el inconsciente, el más profundo y antiguo lecho de la personalidad mental, es el impulso hacia una gratificación integral, que es la ausencia de la privación y la represión. Como tal es la inmediata identificación entre necesidad y libertad. De acuerdo con la concepción de Freud la ecuación de libertad y felicidad convertida en tabú

EMM
Hay un teologismo
a la psicología
humana
nos da

por el consciente es sostenida por el inconsciente. Su verdad, aunque rechazada por el consciente, sigue fascinando a la mente; preserva el recuerdo de estados pasados del desarrollo individual en los que la gratificación integral es obtenida. Y el pasado sigue imponiendo exigencias sobre el futuro: genera el deseo de que el paraíso sea creado otra vez sobre la base de los logros de la civilización.

Si la memoria se mueve hacia el centro del psicoanálisis como una forma de conocimiento decisiva, es por algo mucho más importante que un mero recurso terapéutico; el valor terapéutico de la memoria se deriva del verdadero valor de la memoria. Su verdadero valor yace en la específica función de la memoria de preservar promesas y potencialidades que son traicionadas e inclusive proscritas por el individuo maduro, civilizado, pero que han sido satisfechas alguna vez en su tenue pasado y nunca son olvidadas por completo. El principio de la realidad restringe la función cognoscitiva de la memoria —su relación con la pasada experiencia de la felicidad que despierta el deseo de su recreación consciente. La liberación psicoanalítica de la memoria hace estallar la racionalidad del individuo reprimido. En tanto el conocimiento da lugar al re-conocimiento, las prohibidas imágenes e impulsos de la niñez empiezan a decir la verdad que la razón niega. La regresión asume una función progresiva. El pasado redescubierto proporciona niveles críticos que han sido convertidos en tabús por el presente. Más aún, la restauración de la memoria está acompañada de la restauración del contenido cognoscitivo de la fantasía. La teoría psicoanalítica elimina estas facultades de la esfera libre de compromiso del soñar despierto y la ficción y recaptura sus verdades estrictas. El peso de estos descubrimientos debe destrozarse con el tiempo el marco dentro del que fueron hechos y al que fueron confinados. La liberación del pasado no

termina con la reconciliación con el presente. Contra el restringimiento personalmente impuesto del descubridor, la orientación hacia el pasado tiende hacia una orientación hacia el futuro. La *recherche du temps perdu* llega a ser el vehículo de la futura liberación.⁵

La discusión subsecuente estará centrada en esta tendencia oculta en el psicoanálisis.

El análisis de Freud del desarrollo del aparato mental represivo procede en dos niveles:

- (a) Ontogénico: el crecimiento del individuo reprimido desde la primera infancia hasta su existencia social consciente.
- (b) Filogenético: el crecimiento de la civilización represiva desde la horda original hasta el estado civilizado totalmente constituido.

Los dos niveles están continuamente interrelacionados. Esta interrelación está epitomizada en la idea de Freud acerca del retorno de la represión en la historia: el individuo re-experimenta y re-vive los grandes sucesos traumáticos en el desarrollo del género, y los reflejos dinámicos instintivos a lo largo del conflicto entre el individuo y el género (entre lo particular y lo universal) tanto como las distintas soluciones al conflicto.

Nosotros seguiremos primero el desarrollo ontogénico hasta el estado maduro del individuo civilizado. Luego regresaremos a los orígenes filogenéti-

⁵ Véase *infra*, capítulo XI. El ensayo de Ernest G. Schachtel "On Memory and Childhood Amnesia" da la única interpretación psicoanalítica adecuada de la función de la memoria, tanto en un nivel individual como en uno social. El ensayo está centrado por completo en la fuerza explosiva de la memoria, y su control y "convencionalización" por la sociedad. Es, desde mi punto de vista, una de las pocas contribuciones reales a la filosofía del psicoanálisis. El estudio de Schachtel está en *A Study of Interpersonal Relations*, editado por Patrick Mullaney, Nueva York, Hermitage Press, 1950, pp. 3-49.

36 TENDENCIA OCULTA EN EL PSICOANÁLISIS
cos y ampliaremos la concepción freudiana al estado
maduro del género civilizado. La constante interre-
lación entre los dos niveles implica que las referen-
cias cruzadas, las anticipaciones y las repeticiones
han de ser inevitables.

H. Marcuse

Eros y civilización

Lectura 15

F 20

15

II. EL ORIGEN DEL INDIVIDUO REPRIMIDO (ONTOGÉNESIS)

Freud investiga el desarrollo de la represión en la estructura instintiva del individuo. El destino de la libertad y la felicidad humana se combate y decide en la lucha de los instintos —literalmente una lucha entre vida y muerte— en la que soma y psique, naturaleza y civilización, participan. Esta dinámica biológica, y al mismo tiempo psicológica, es el centro de la metapsicología de Freud. Él desarrolló esta hipótesis decisiva con constantes dudas y modificaciones —y finalmente la dejó a la expectativa. La teoría final de los instintos, en cuyo contexto aparecieron en 1930, fue precedida, al menos, por dos conceptos diferentes de la anatomía de la personalidad mental. No es necesario revisar aquí la historia de la teoría psicoanalítica de los instintos;¹ un breve resumen de algunos de sus aspectos puede bastarnos para prepararnos para nuestra discusión.

A través de las diversas etapas de la teoría de Freud, el aparato mental aparece como una unión dinámica de opuestos de las estructuras del inconsciente y el consciente; de procesos primarios y secundarios; de fuerzas heredadas, "constitucionalmente fijadas", y adquiridas; de soma-psique y la realidad externa. Esta construcción dualista prevalece incluso en la posterior topología tripartita de id, ego y super-ego; los elementos intermediarios y "envolventes" tienden hacia los dos polos. Encuentran su expresión más evidente en los dos principios últimos que gobiernan el aparato mental: el principio del placer y el principio de la realidad.

En la primera etapa de su desarrollo, la teoría de

¹ Además del estudio de Freud (especialmente en *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*), véase Siegfried Bernfeld, "Ueber die Einteilung der Triebe", en *Imago*, vol. XXI, 1933; Ernest Jones, "Psychoanalysis and the Instincts", en *British Journal of Psychology*, vol. XXVI, 1936; y Edward Bibring, "The Development and Problems of the Theory of the Instincts", en *International Journal of Psychoanalysis*, vol. XXI, 1941.

Freud está construida alrededor del antagonismo entre los instintos del sexo (libidinosos) y el ego (autopreservación); en la última etapa, está centrada en el conflicto entre el instinto de la vida (Eros) y el instinto de la muerte. Durante un breve periodo intermedio, la concepción dualista fue sustituida por la hipótesis de una libido que se esparce por todos lados (narcisista). A través de todas estas modificaciones de la teoría de Freud, la sexualidad conserva su lugar predominante en la estructura instintiva. El papel predominante de la sexualidad está enraizado en la misma naturaleza del aparato mental tal como Freud lo concibió: si los procesos mentales primarios están gobernados por el principio del placer, ese instinto que, al operar bajo este principio, sostiene a la vida misma, deber ser el instinto de la vida.

Pero el concepto inicial de la sexualidad de Freud está todavía muy lejos de ése que concibe a Eros como el instinto de la vida. Primero, el instinto sexual es sólo un instinto específico (o mejor, un grupo de instintos) junto con los instintos del ego (o de autopreservación), y es definido por su génesis, su propósito y su objeto específicos. Lejos de ser "pan-sexualista", la teoría de Freud se caracteriza, al menos hasta su introducción del narcisismo en 1914, por una restricción de la importancia de la sexualidad —una restricción que se mantiene en ella a pesar de la persistente dificultad en verificar la existencia independiente de instintos de autopreservación no sexuales. Hay todavía un largo viaje hasta la hipótesis de que estos instintos son meramente instintos componentes "cuya función es asegurar que el organismo seguirá su propio camino hacia la muerte, y proteger contra cualquier forma posible, que no sea aquella inmanente al organismo en sí mismo, de regresar a la existencia inorgánica",² o —lo que

² Más allá del principio del placer, p. 51.

puede ser otra manera de decir lo mismo— que ellos son en sí mismos de una naturaleza libidinal, son parte de Eros. Sin embargo, el descubrimiento de la sexualidad infantil y de las ilimitadas zonas erógenas del cuerpo anticipa el subsecuente reconocimiento de los componentes libidinales de los instintos de autopreservación y prepara el terreno a la reinterpretación final de la sexualidad en términos del instinto de la vida (Eros).

En la formulación final de la teoría de los instintos, los instintos de autopreservación —el protegido santuario del individuo y su justificación en la "lucha por la existencia"— son disueltos: su labor se inscribe ahora dentro de la de los instintos sexuales genéricos o, en tanto que la autopreservación se logra a través de la agresión socialmente útil, como la labor de los instintos destructivos. Eros y el instinto de la muerte son ahora los dos instintos básicos. Pero es muy importante advertir que, al introducir los dos conceptos, Freud subraya una y otra vez la naturaleza común de los instintos, anterior a su diferenciación. El suceso sorprendente y perturbador es el descubrimiento de la fundamental tendencia regresiva o "conservadora" de toda la vida instintiva. Freud no puede evitar la sospecha de que él ha llegado a un "atributo universal de los instintos y quizá de la vida orgánica en general", inadvertido hasta entonces, esto es, "una compulsión inherente a la vida orgánica que tiende a restaurar un estado anterior de cosas que la entidad viviente ha sido obligada a abandonar bajo la presión de fuerzas externas y perturbadoras" —una especie de "elasticidad orgánica" o "inercia inherente a la vida orgánica".³ Éste será el contenido último o la sustancia de aquellos "procesos primarios" que Freud reconoció desde el principio, ope-

³ *Ibid.*, p. 47. Ver también *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, pp. 145-146.

rando en el inconsciente. Primero fueron designados como el impulso hacia "el libre flujo de las cantidades de excitación" provocado por el impacto de la realidad exterior en el organismo;⁴ el flujo enteramente libre sería la completa gratificación. Ahora, veinte años después, Freud empieza con esta suposición:

El principio del placer, pues, es una tendencia que opera al servicio de una función cuyo propósito es liberar enteramente al aparato mental de la excitación o conservar la cantidad de excitación en él dentro de una constante o conservarla tan baja como sea posible. Todavía no podemos decidirnos con certeza en favor de ninguno de estos modos de expresarla.⁵

Pero, cada vez más, la lógica interna de la concepción se afirma a sí misma. La liberación constante de la excitación ha sido abandonada finalmente al nacer de la vida; la tendencia instintiva hacia el equilibrio es así, en última instancia, regresión más allá de la vida misma. El proceso primario del aparato mental, en su lucha por la gratificación integral, parece estar fatalmente unido al "empeño más universal de toda sustancia viviente: regresar a la quietud del mundo inorgánico".⁶ Los instintos son conducidos a la órbita de la muerte. "Si es verdad que la vida está gobernada por el principio de Fechner del equilibrio constante, consiste en un continuo descenso hacia la muerte."⁷ El principio del Nirvana aparece ahora como "la tendencia dominante de la vida mental y quizá de la vida nerviosa en general". Y el principio del placer aparece, a la luz del principio del Nirvana, como una "expresión" del principio del Nirvana:

⁴ La interpretación de los sueños, p. 534.

⁵ Más allá del principio del placer, p. 86.

⁶ Ibid.

⁷ El Yo y el Ello, p. 66.

...los esfuerzos por reducir, por conservar constante o por eliminar la tensión interna debida a los estímulos (el "Principio del Nirvana"...)... encuentran expresión en el principio del placer; y el reconocimiento de este hecho es una de nuestras más fuertes razones para creer en la existencia de instintos de la muerte.⁸

Sin embargo, la primacía del principio del Nirvana, la aterradora convergencia del placer y la muerte, se disuelve tan pronto como es establecida. No importa hasta qué punto sea universal la inercia regresiva de la vida orgánica, los instintos luchan por alcanzar su objetivo en formas fundamentalmente diferentes. La diferencia es equivalente a la de sostener o destruir la vida. De la naturaleza común de la vida instintiva se desarrollan dos instintos antagónicos. Los instintos de la vida (Eros) ganan ascendencia sobre los instintos de la muerte. Continuamente, cancelan y retardan el "descenso hacia la muerte": "nuevas tensiones son incluidas por las exigencias de Eros, de los instintos sexuales, tal como se expresan en las necesidades instintivas".⁹ Inician su función reproductora de la vida con la separación de las células gérmenes del organismo y la unión de dos de esos cuerpos celulares,¹⁰ procediendo al establecimiento y la preservación de "unidades de vida cada vez más grandes".¹¹ Así, ganan, contra la muerte, "la inmortalidad potencial" de la sustancia viviente.¹² El dualismo dinámico de la vida instintiva parece asegurado. Sin embargo, Freud regresa en seguida a la original naturaleza común de los instintos. Los instintos de la vida "son conservadores en el mismo sentido que los demás instintos porque nos vuelven a estados anteriores de la sustancia viviente" —aunque son conserva-

⁸ Más allá del principio del placer, p. 76.

⁹ El Yo y el Ello, p. 66.

¹⁰ Más allá del principio del placer, pp. 52-53.

¹¹ Esquema del psicoanálisis, p. 20.

¹² Más allá del principio del placer, p. 63.

dores "en un nivel más alto".¹³ Así, la sexualidad obedecerá en última instancia al mismo principio que el instinto de la muerte. Después, para ilustrar el carácter regresivo de la sexualidad, Freud recuerda la "fantástica hipótesis" de Platón sobre que "la sustancia viviente en el momento de llegar a la vida es dividida en pequeñas partículas, que siempre han tratado de reunirse por medio de los instintos sexuales".¹⁴ A pesar de toda la evidencia, en último análisis, ¿trabaja Eros al servicio del instinto de la muerte y la vida es realmente sólo un largo "regreso a la muerte"?¹⁵ Las pruebas en contra son suficientemente fuertes y el regreso es lo suficientemente largo para permitir la hipótesis opuesta. Eros es definida como la gran fuerza universal que preserva la vida.¹⁶ La relación última entre Eros y Tanatos permanece oscura.

Si Eros y Tanatos resultan así los dos instintos básicos cuya ubicua presencia y continua fusión (y de-fusión) caracterizan el proceso de la vida, esta teoría de los instintos es mucho más que una nueva formulación de los conceptos freudianos anteriores. El psicoanálisis ha subrayado correctamente que la última metapsicología de Freud está basada en un concepto esencialmente nuevo de los instintos; los instintos ya no son definidos en términos de su origen y su función orgánica, sino como una fuerza determinante que otorga al proceso de la vida una "dirección" (*Richtung*) definida, considerándolos como "principios de la vida". Los términos *instintos*, *principio*, *regulación* están siendo asimilados. "La rígida oposición entre un aparato mental regulado por ciertos principios, por un lado, y los instintos penetrando al aparato desde afuera, por

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 80.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 50-51.

¹⁶ *El Yo y el Ello*, p. 88; *El malestar en la cultura*, p. 102.

otro, no podía ser mantenida ya."¹⁷ Más aún, la concepción *dualista* de los instintos, que empezó a ser dudosa desde la introducción del narcisismo, es tratada ahora desde una dirección muy diferente. Con el reconocimiento de los componentes libidinales de los instintos del ego, se hizo prácticamente imposible "señalar cualquier instinto fuera de los libidinales",¹⁸ encontrar cualesquiera impulsos instintivos que no "se revelaran a sí mismos como derivados de Eros".¹⁹

Esta imposibilidad de descubrir en la estructura instintiva primaria cualquier cosa que no sea Eros, el monismo de la sexualidad —una imposibilidad que, como veremos, es la marca de la verdad— parece convertirse ahora en su opuesto: en un monismo de la muerte. Por supuesto, el análisis de la compulsión repetitiva y regresiva, y "esencialmente" los constituyentes sádicos de Eros, restauran la maltratada concepción dualista: el instinto de la muerte llega a ser, por derecho propio, el compañero de Eros en la estructura instintiva primaria, y la perpetua lucha entre los dos constituye la dinámica primaria. Sin embargo, el descubrimiento de la común "naturaleza conservadora" de los instintos milita contra la concepción dualista y conserva la metapsicología final de Freud en este estado de suspensión y profundidad que la hace una de las grandes aventuras intelectuales en la ciencia del hombre. La *pregunta sobre el origen común* de los dos instintos básicos no puede ser silenciada ya. Fenichel señaló²⁰ que el mismo Freud dio un paso decisivo en esta dirección asumiendo la existencia

¹⁷ Edward Bibring, "The Development and Problems of the Theory of the Instincts", *loc. cit.* Ver también Heinz Hartmann, "Comments on the Psychoanalytic Theory of Instinctual Drives", en *Psychoanalytic Quarterly*, vol. XVII, n.º 3, 1948.

¹⁸ *Más allá del principio del placer*, p. 73.

¹⁹ *El Yo y el Ello*, p. 68.

²⁰ Fenichel, "Zur Kritik des Todestriebes", en *Imago*, vol. XXI, 1935, p. 463.

de una "energía desplazable, que es en sí misma neutral, pero es capaz de unir sus fuerzas, ya sea con un impulso erótico o con uno destructivo" —con el instinto de la vida o el de la muerte. La muerte nunca había sido llevada con tanta congruencia hacia la esencia de la vida; pero tampoco había llegado a estar tan cerca de Eros. Fenichel formula la pregunta decisiva sobre si la antítesis de los instintos de Eros y de la muerte no es la "diferenciación de una raíz originalmente común". Sugiere que los fenómenos agrupados juntos como el instinto de la muerte pueden ser tomados como la expresión de un principio "válido para todos los instintos", un principio que en el curso de su desarrollo, "puede haber sido modificado... por influencias externas".²¹ Más aún, si la "compulsión regresiva" en toda la vida orgánica está luchando por una quietud integral, si el principio del Nirvana es la base del principio del placer, la necesidad de la muerte aparece bajo una luz completamente nueva. El instinto de la muerte es destructividad no por sí misma, sino para el alivio de una tensión. El descenso hacia la muerte es una huida inconsciente del dolor y la necesidad. Es una expresión de la eterna lucha contra el sufrimiento y la represión. Y el mismo instinto de la muerte parece ser afectado por los cambios históricos que afectan esta lucha. La explicación ulterior del carácter histórico de los instintos requiere colocarlos dentro del *nuevo concepto de la persona* que corresponde a la última versión de la teoría de los instintos de Freud.

Las principales "bases" de la estructura mental son designadas ahora como el *id*, el *ego* y el *super-ego*. La base fundamental, más antigua y amplia, es el *id*, el dominio del inconsciente, de los instintos primarios. El *id* está libre de las formas y principios

²¹ *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, Nueva York, W. W. Norton, 1945, p. 59.

que constituyen al individuo consciente, social. No se ve afectado por el tiempo ni perturbado por contradicciones; no conoce "valores, ni el bien y el mal, ni tiene moral".²² No aspira a la propia preservación:²³ sólo lucha por la satisfacción de sus necesidades instintivas, de acuerdo con el principio del placer.²⁴

Bajo la influencia del mundo exterior (el medio ambiente), una parte del *id* que está dotada con los órganos necesarios para la recepción de los estímulos y su protección, se desarrolla gradualmente como el *ego*. Es el "mediador" entre el *id* y el mundo exterior. La percepción y la conciencia son sólo la más pequeña y "más superficial" parte del *ego*, la parte topográficamente más cercana al mundo exterior; pero gracias a esta serie de instrumentos (el "sistema perceptivo consciente") el *ego* preserva su existencia, observando y probando la realidad, tomando y preservando una "verdadera imagen" de ella, ajustándose a la realidad y alterándola de acuerdo con su propio interés. Así, el *ego* tiene la tarea de "representar el mundo externo ante el *id*, y por tanto de salvarlo; porque el *id*, luchando ciegamente por gratificar sus instintos, sin tomar en cuenta el poder superior de las fuerzas exteriores, no podría de otro modo escapar a la aniquilación".²⁵ Al realizar esta tarea, la principal función del *ego* es coordinar, alterar, organizar y controlar los impulsos instintivos del *id* para minimizar los conflictos con la realidad: reprimir los impulsos que son incompatibles con la realidad, "reconciliar" a otros con la realidad cambiando su objeto, retrasando o desviando su gratificación, transformando su forma de gratificación, uniéndolos con otros impulsos, y así sucesivamente. De este modo, el *ego* "destrona

²² *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, p. 103.

²³ *Esquema del psicoanálisis*, p. 19.

²⁴ *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, p. 104.

²⁵ *Ibid.*, p. 103.

al principio del placer, que ejerce un indiscutible imperio sobre los procesos en el id, y lo sustituye por el principio de la realidad, que ofrece mayor seguridad y más amplias posibilidades de éxito".

A pesar de sus importantes funciones, que aseguran la gratificación instintiva a un organismo que de otro modo casi seguramente sería destruido o se destruiría a sí mismo, el ego conserva su marca de nacimiento como un "producto" del id. En relación con el id, los procesos del ego permanecen como procesos secundarios. Nada aclara mejor las funciones dependientes del ego que la primera formulación de Freud en el sentido de que todo pensamiento "es meramente un rodeo del recuerdo de la gratificación... a la idéntica catexis de la misma memoria, a la que se debe llegar una vez más por el camino de las experiencias motoras".²⁴ El recuerdo de la gratificación está en el origen de todo pensamiento, y el impulso de volver a capturar la pasada gratificación es el poder conductor oculto detrás del proceso del pensamiento. Debido a que el principio de la realidad hace de este proceso una interminable serie de "rodeos", el ego experimenta la realidad como predominantemente hostil, y la actitud del ego es predominantemente de "defensa". Pero, por otro lado, puesto que la realidad, a través de estos rodeos, provee la gratificación (aunque sólo una gratificación "modificada"), el ego tiene que rechazar aquellos impulsos que, si fueran gratificados, destruirían su vida. La defensa del ego es, así, una lucha con dos frentes.

En el curso del desarrollo del ego se levanta otra "entidad" mental: el *superego*. Éste se origina en la larga dependencia del infante a sus padres; la influencia paternal permanece en el centro del super-

* La interpretación de los sueños, p. 535. En el desarrollo posterior del psicoanálisis, el papel del ego se ha considerado como más "positivo", subrayándose sus funciones "sintéticas" e "integradoras". Sobre el significado de este cambio en el acento, ver el epílogo.

ego. Subsecuentemente, cierto número de influjos sociales y culturales son asimilados por el superego, hasta que éste se afirma como el poderoso representante de la moral establecida y "lo que la gente llama las cosas 'más importantes' en la vida humana". Ahora, las restricciones externas que, primero los padres y luego otros cuerpos sociales, han impuesto sobre el individuo son "introyectadas" en el ego y llegan a ser su "conciencia"; de ahí en adelante, el sentido de culpa —la necesidad de ser castigado generada por las transgresiones o por el deseo de transgredir estas restricciones (especialmente en la situación edipiana)— atraviesa la vida mental. "Como regla, el ego desarrolla represiones al servicio y por mandato de su superego."²⁷ Sin embargo, las represiones llegan a ser pronto inconscientes, automáticas como quien dice, así que una "gran parte" del sentido de culpa permanece inconsciente.

Franz Alexander habla de la "transformación de la condenación consciente, que depende de las percepciones (y juicios), en un proceso inconsciente de represión"; asume una tendencia hacia una disminución de la energía psíquica móvil en una "forma tónica" —la corporeización de la psique.²⁸ Este desarrollo, por medio del cual las luchas, originalmente conscientes, con las demandas de la realidad (los padres y sus sucesores durante la formación del superego) son transformadas en reacciones inconscientes automáticas, es de una importancia absoluta en el curso de la civilización. El principio de la realidad se afirma a sí mismo mediante un retroceso del ego consciente en una dirección significativa: el desarrollo autónomo de los instintos es congelado, y su modelo es fijado en el nivel de la infancia. La ad-

²⁷ El Yo y el Ello, p. 75.

²⁸ Franz Alexander, *The Psychoanalysis of the Total Personality*, Nueva York, Nervous and Mental Disease Monograph n.º. 52, 1929, p. 14.

herencia a un *status quo ante* es implantada en la estructura instintiva. El individuo llega a ser instintivamente re-accionario —tanto en el sentido literal como en el figurativo. Ejerce contra sí mismo, inconscientemente, una severidad que ha sido apropiada para un nivel infantil de su desarrollo, pero que desde mucho tiempo atrás ha llegado a ser superada a la luz de las potencialidades racionales de la madurez (individual y social).²⁹ El individuo se castiga a sí mismo (y entonces es castigado) por acciones que no ha realizado o que ya no son incompatibles con la realidad civilizada, con el hombre civilizado.

Así, el superego no sólo refuerza las demandas de la realidad, sino también aquéllas de una realidad pasada. Gracias a estos mecanismos inconscientes, el desarrollo mental se retrasa en relación con el desarrollo real, o (puesto que el primero es en sí mismo un factor del último) retrasa el desarrollo real, niega sus potencialidades en nombre del pasado. El pasado revela así su doble función en la configuración del individuo —y su sociedad. Recordando el dominio del principio del placer original, donde la liberación del deseo era una necesidad, el id lleva hacia adelante, consigo, los rasgos recordados de este estado, dentro de todo futuro presente: proyecta el pasado hacia el futuro. Sin embargo, el superego, también inconsciente, rechaza en el futuro esta aspiración instintiva, en nombre de un pasado que ya no es uno de satisfacción integral, sino de amarga adaptación a un presente punitivo. Filogenéticamente y ontogenéticamente, con el progreso de la civilización y el crecimiento del individuo, los rastros recordados de la unidad entre la libertad y la necesidad, llegan a estar sumergidos en la aceptación de la necesidad de la falta de

²⁹ *Idm.*, pp. 23-24. Para una mayor diferenciación en el origen y la estructura del superego, ver *infra*, pp. 106-108.

libertad; racional y racionalizada, la memoria, en sí misma, se inclina ante el principio de la realidad.

El principio de la realidad sustenta al organismo en el mundo exterior. En el caso del organismo humano, éste es un mundo histórico. El mundo exterior enfrentado por el ego en crecimiento es en todo nivel una específica organización sociohistórica de la realidad, que afecta la estructura mental a través de agencias o agentes sociales específicos. Se ha argüido que el concepto de Freud del principio de la realidad oblitera este hecho convirtiendo las contingencias históricas en necesidades biológicas: su análisis de la transformación represiva de los instintos bajo el impacto del principio de la realidad generaliza, convirtiendo una específica forma histórica de la realidad en la realidad pura y simple. Esta crítica es válida, pero su validez no anula la verdad en la generalización de Freud en el sentido de que una organización represiva de los instintos yace bajo todas las formas históricas del principio de la realidad en la civilización. Si él justifica la organización represiva de los instintos por la irreconciliabilidad entre el principio del placer original y el principio de la realidad, también expresa el hecho histórico de que la civilización ha progresado como *dominación organizada*. Este conocimiento guía toda su construcción filogenética, que deriva a la civilización del reemplazamiento del despotismo patriarcal de la horda original por el despotismo internalizado del clan de hermanos. Precisamente porque toda la civilización ha sido *dominación organizada*, el desarrollo histórico asume la dignidad y la necesidad de un desarrollo biológico universal. El carácter "ahistórico" de los conceptos freudianos contiene, así, los elementos de su opuesto: su sustancia histórica debe ser recapturada, pero no agregándole algunos factores sociales (como lo hacen las escuelas neofreudianas "culturales"), sino desarrollando

sus propios contenidos. En este sentido, nuestra discusión subsecuente es una "extrapolación" que se deriva de las teorías, nociones y proposiciones de Freud, implicadas en su obra sólo en una forma diluida, en la que los procesos históricos aparecen como procesos naturales (biológicos).

Terminológicamente, esta extrapolación exige una duplicación de los conceptos: los términos freudianos, que no hacen ninguna diferencia adecuada entre las vicisitudes biológicas y las sociohistóricas de los instintos, deben aparearse con términos correspondientes que denoten el componente sociohistórico específico. En seguida vamos a presentar dos de esos términos:

- (a) *Represión sobrante*: las restricciones provocadas por la dominación social. Ésta es diferenciada de la *represión* (básica): las "modificaciones" de los instintos necesarias para la perpetuación de la raza humana en la civilización.
- (b) *Principio de actuación*: la forma histórica prevaleciente del *principio de la realidad*.

Detrás del principio de la realidad yace el hecho fundamental de la ananke o escasez (*scarcity, Lebensnot*), que significa que la lucha por la existencia se desarrolla en un mundo demasiado pobre para la satisfacción de las necesidades humanas sin una constante restricción, renuncia o retardo. En otras palabras, que, para ser posible la satisfacción necesita siempre un *trabajo*, arreglos y tareas más o menos penosos encaminados a procurar los medios para satisfacer esas necesidades. Por la duración del trabajo, que ocupa prácticamente la existencia entera del individuo maduro, el placer es "suspendido" y el dolor prevalece. Y puesto que los impulsos instintivos básicos luchan porque prevalezca el placer y no haya dolor, el principio del placer es in-

compatible con la realidad, y los instintos tienen que sobrellevar una regimentación represiva.

Sin embargo, este argumento, que aparece mucho en la metapsicología de Freud, es falaz en tanto que se aplica al hecho bruto de la escasez, cuando en realidad es consecuencia de una *organización* específica de la escasez, y de una actitud existencial específica, reforzada por esta organización. La escasez prevaleciente ha sido organizada, a través de la civilización (aunque de muy diferentes maneras), de tal modo que no ha sido distribuida colectivamente de acuerdo con las necesidades individuales, ni la obtención de bienes ha sido organizada para satisfacer mejor las necesidades que se desarrollan en el individuo. En lugar de esto, la *distribución* de la escasez, lo mismo que el esfuerzo por superarla (la forma de trabajo), ha sido *impuesta* sobre los individuos —primero por medio de la mera violencia, subsecuentemente por una utilización del poder más racional. Sin embargo, sin que importe cuán útil haya sido para el progreso del conjunto, esta racionalización permaneció como la razón de la dominación, y la conquista gradual de la escasez estaba inextricablemente unida con el interés de la dominación y conformada por él. La dominación difiere del ejercicio racional de la autoridad. El último, que es inherente a toda división social del trabajo, se deriva del conocimiento y está confinado a la administración de funciones y arreglos necesarios para el desarrollo del conjunto. En contraste, la dominación es ejercida por un grupo o un individuo particular para sostenerse y afirmarse a sí mismo en una posición privilegiada. Esta dominación no excluye el progreso técnico, material e intelectual, pero sólo lo concibe como un producto inevitable de las circunstancias, mientras busca preservar la escasez, la necesidad y el constreñimiento irracionales.

Los diferentes modos de dominación (del hombre

y la naturaleza) dan lugar a varias formas históricas del principio de la realidad. Por ejemplo: una sociedad en la que todos los miembros trabajan normalmente para vivir requiere otras formas de represión que una sociedad en la que el trabajo es la obligación exclusiva de un grupo específico. Similarmen- te, la represión será diferente en una magnitud y un grado equivalentes al hecho de que la producción social esté orientada por el consumo individual o por la ganancia; al hecho de que pre- valezca una economía de mercado o una economía planificada; al hecho de que la propiedad sea pri- vada o colectiva. Estas diferencias afectan la esen- cia del principio de la realidad, porque cada forma del principio de la realidad debe expresarse con- cretamente en un sistema de instituciones y rela- ciones, leyes y valores sociales que transmiten y refuerzan la requerida "modificación" de los instin- tos. Este "cuerpo" del principio de la realidad es diferente en los distintos niveles de la civilización. Más aún, aunque cualquier forma del principio de la realidad exige un considerable grado y magnitud de control represivo sobre los instintos, las institu- ciones históricas específicas del principio de la rea- lidad y los intereses específicos de dominación in- troducen controles adicionales sobre y por encima de aquellos indispensables para la asociación hu- mana civilizada. Estos controles adicionales, que sa- len de las instituciones específicas de dominación son los que llamamos *represión sobrante*.

Por ejemplo: las modificaciones y desviaciones de la energía instintiva necesarias para la preservación de la familia patriarcal monogámica, o para la di- visión jerárquica del trabajo, o para el control pú- blico sobre la existencia privada del individuo son ejemplos de represión sobrante que pertenecen a las instituciones de un principio de la realidad par- ticular. Ellas son agregadas a las restricciones bási-

cas (filogenéticas) de los instintos que marcan el desarrollo del hombre desde el animal humano hasta el *animal sapiens*. El poder para restringir y guiar los impulsos instintivos, para convertir las necesi- dades biológicas en necesidades y deseos individua- les, aumenta antes que disminuye la gratificación: la "mediatización" de la naturaleza, el rompimiento de su compulsión, es la forma humana del principio del placer. Esas restricciones de los instintos pueden haber sido reforzadas primero por la escasez y por la prolongada dependencia del animal humano, pero han llegado a ser el privilegio y la distinción del hombre, y lo han hecho capaz de transformar la ciega urgencia de la satisfacción de la necesidad en gratificación buscada.³⁰

La "contención" de los impulsos sexuales parcia- les, el progreso hacia la genitalidad, pertenece a este cimiento básico de la represión, que hace po- sible el placer intensificado: la maduración del or- ganismo implica la maduración normal y natural del placer. Sin embargo, el dominio de los impulsos instintivos puede ser empleado también *contra* la gratificación; en la historia de la civilización, la re- presión básica y la represión sobrante han estado in- extricablemente entrelazadas y el progreso normal hacia la genitalidad ha sido organizado de tal ma- nera que los impulsos parciales y sus "zonas" fueron desexualizados casi por completo para adaptarlos a las exigencias de una organización social específica de la existencia humana. Las vicisitudes de los "sen- tidos inmediatos" (el olfato y el gusto) proveen un buen ejemplo de la interrelación entre la represión básica y la represión sobrante. Freud percibió que "los elementos coprofilicos en el instinto han demostrado ser incompatibles con nuestras ideas estéticas, quizá desde la época en la que el hombre desarrolló una

³⁰ Ver *infra*, capítulo XI.

postura erecta y así alejó del suelo su órgano del olfato".³¹ Sin embargo, hay otro aspecto del subyugamiento de los sentidos inmediatos en la civilización: sucumbieron a los rígidamente protegidos tabús contra los placeres demasiado intensos corporalmente. El placer del olfato y del gusto es "mucho más corporal, físico, y por tanto, más análogo al placer sexual, de lo que lo es el más sublime placer provocado por el sonido y el menos corporal de todos los placeres, la contemplación de algo bello".³² El olfato y el oído dan, como quien dice, un placer insublimado *per se* (y también un disgusto irreprimido). Relacionan (y separan) a los individuos inmediatamente, sin que intervengan las formas convencionalizadas de la conciencia, la moral y la estética. Un poder tan inmediato es incompatible con la efectividad de la dominación organizada, es incompatible con una sociedad que "tiende a separar a la gente, a poner distancias entre ellas y a prevenir las relaciones espontáneas y las expresiones de tipo animal 'naturales' en tales relaciones".³³ El placer de los sentidos inmediatos actúa en las zonas erógenas del cuerpo —y lo hace sólo por el gusto del placer. Su desarrollo irreprimido erotizaría al organismo hasta tal grado que actuaría contrariamente a la desexualización del organismo necesaria para la utilización social de éste como un instrumento de trabajo.

A lo largo de la historia de la civilización que conocemos, el constreñimiento instintivo, reforzado por la escasez, ha sido intensificado por el constreñimiento reforzado por la distribución jerárquica de la escasez y el trabajo; el interés de la dominación agrega represión sobrante a la organización de los instintos bajo el principio de la realidad. El

³¹ Sobre una degradación general de la vida erótica, C. P., IV, 215.

³² Ernest Schachtel, "On Memory and Childhood Amnesia", loc. cit., p. 24.

³³ *Ibid.*, p. 23.

principio del placer fue destronado no sólo porque militaba contra el progreso en la civilización, sino también porque militaba contra la civilización cuyo progreso perpetúa la dominación y el esfuerzo. Freud parece reconocer este hecho cuando compara la actitud de la civilización ante la sexualidad con la de una tribu o una sección de la población "que ha obtenido el poder y está explotando al resto para su propio provecho. El temor a una revuelta entre los oprimidos llega a ser entonces un motivo para imponer regulaciones todavía más estrictas".³⁴

La modificación de los instintos bajo el principio de la realidad afecta al instinto de la vida tanto como al instinto de la muerte; pero el desarrollo del último sólo llega a ser completamente comprensible a la luz del desarrollo del instinto de la vida, y por tanto, de la organización represiva de la sexualidad. El instinto sexual está marcado con el sello del principio de la realidad. Su organización culmina con la sujeción de los instintos sexuales parciales a la primacía de la genitalidad, y con su subyugación a la función de la procreación. El proceso abarca la separación de la libido de nuestro propio cuerpo para dirigirla hacia un objeto ajeno del sexo opuesto (el dominio del narcisismo primario y secundario). La gratificación de los instintos parciales y de la genitalidad no procreativa están, de acuerdo con su grado de independencia, convertidas en tabús como perversiones, sublimadas o transformadas en subsidiarios de la sexualidad procreativa. Más aún: esta última, en la mayor parte de las civilizaciones, está canalizada dentro de instituciones monogámicas. Esta organización da lugar a una restricción cualitativa y cuantitativa de la sexualidad: la unificación de los instintos parciales y su subyugación a la función procreativa altera la naturaleza misma de la sexualidad: de un "principio" autónomo que

³⁴ *El malestar en la cultura*, p. 74.

gobierna todo el organismo es convertida en una función temporaria especializada, en un medio en lugar de un fin. Dentro de los términos en que el principio del placer gobierna los instintos sexuales "sin organizar", la reproducción es meramente un "producto casual". El contenido primario de la sexualidad es la "función de obtener placer de las zonas del cuerpo"; esta función sólo "subsecuentemente es puesta al servicio de la reproducción".³⁵ Freud subraya una y otra vez que sin su organización para tal servicio, la sexualidad impediría todas las relaciones no sexuales y por tanto todas las relaciones sociales civilizadas —inclusive en el nivel de la genitalidad heterosexual madura:

...El conflicto entre la civilización y la sexualidad es provocado por la circunstancia de que el amor sexual es una relación entre dos gentes, en la que una tercera sólo puede ser superflua o perturbadora, y en cambio la civilización está fundada en las relaciones entre grupos de personas más vastos. Cuando una relación amorosa está en su máxima altura no deja espacio para ningún otro interés en el mundo de alrededor; la pareja de amantes es suficiente en sí misma, ni siquiera necesita al niño que tengan en común para ser felices.³⁶

Y antes, discutiendo la diferencia entre el instinto sexual y el de autopreservación, Freud señala las fatales implicaciones de la sexualidad:

Es innegable que el ejercicio de esta función no siempre trae ventajas al individuo, como lo hacen sus otras actividades, sino que por el gusto de un grado de placer excepcionalmente alto, él se ve envuelto por esta función en peligros que exponen su vida y muy a menudo se la exigen.³⁷

Pero, ¿cómo puede justificarse esta interpretación

³⁵ Esquema del psicoanálisis, p. 25.

³⁶ El malestar en la cultura, pp. 79-80.

³⁷ Introducción al psicoanálisis, p. 238.

de la sexualidad como una fuerza esencialmente explosiva en conflicto con la civilización, la definición de Eros como el esfuerzo "para combinar sustancias orgánicas dentro de más largas unidades",³⁸ para "establecer unidades cada vez más grandes y preservarlas así —en una palabra, "reunirlas"?³⁹ ¿Cómo puede la sexualidad llegar a ser el probable "sustituto" del "instinto hacia la perfección",⁴⁰ el poder que "mantiene unido todo en el mundo"?⁴¹ ¿Cómo puede unirse la noción del carácter asocial de la sexualidad con la "suposición de que las relaciones amorosas (o para usar una expresión más neutral, los lazos emocionales) también constituyen la esencia de la voluntad de asociarse"?⁴² La contradicción aparente no se resuelve atribuyendo las connotaciones explosivas al primer concepto de sexualidad y las constructivas a Eros —porque este último incluye a ambas. En *El malestar en la cultura*, inmediatamente después del pasaje citado antes, Freud une los dos aspectos. "En ningún otro caso Eros revela el centro de su ser, su propósito de hacer uno a partir de muchos; pero cuando lo ha alcanzado del modo proverbial, a través del amor de dos seres humanos, no desea ir más allá." Ni tampoco puede eliminarse la contradicción localizando la fuerza cultural constructiva de Eros sólo en las formas sublimadas de sexualidad: de acuerdo con Freud, el impulso hacia unidades cada vez mayores pertenece a la naturaleza biológica orgánica de Eros mismo.

A esta altura de nuestra interpretación, antes que tratar de reconciliar los dos aspectos contradictorios de la sexualidad, sugerimos que ellos reflejan la irreconciliada tensión interior en la teoría de Freud; contra esta noción del conflicto "biológico" inevi-

³⁸ Más allá del principio del placer, p. 57.

³⁹ Esquema del psicoanálisis, p. 20.

⁴⁰ Más allá del principio del placer, p. 57.

⁴¹ Psicología de las masas y análisis del yo, p. 40.

⁴² *Ibid.*

table entre el principio del placer y el principio de la realidad, entre la sexualidad y la civilización, milita la idea del unificante y gratificador poder de Eros, encadenado y consumido en una civilización enferma. Esta idea implicaría que el Eros libre no impide la existencia de relaciones sociales civilizadas duraderas; que repele sólo la organización sobre-represiva de relaciones sociales bajo un principio que es la negación del principio del placer. Freud se permitió a sí mismo la imagen de una civilización que consistiera en parejas de individuos "libidinalmente satisfechos en el otro, y ligados a todos los demás por el trabajo y los intereses comunes".⁴³ Pero agrega que un nivel tan "deseable" no existe y nunca ha existido; que la cultura "exige una pesada tasa de libido voluntariamente inhibida, y que las pesadas restricciones sobre la vida sexual son inevitables". Encuentra la razón del "antagonismo contra la sexualidad" de la cultura en los instintos agresivos profundamente unidos a la sexualidad, que tratan una y otra vez de destruir la civilización y obligan a la cultura "a llamar a todo posible refuerzo" contra ellos. "De ahí el sistema de métodos por medio de los cuales la humanidad debe ser llevada a las identificaciones y las relaciones amorosas inhibidas con un propósito; de ahí las restricciones de la vida sexual."⁴⁴ Pero, nuevamente, Freud demuestra que este sistema represivo no resuelve realmente el conflicto. La civilización se sumerge en una dialéctica destructiva: las perpetuas restricciones de Eros debilitan finalmente los instintos de la vida y así fortalecen y liberan a las mismas fuerzas contra las que fueron llamadas a luchar —las fuerzas de la destrucción. Esta dialéctica, que constituye el centro todavía inexplorado e inclusive con-

⁴³ *El malestar en la cultura*, p. 80. Ver también *El porvenir de una ilusión*, pp. 10-11.

⁴⁴ *El malestar en la cultura*, pp. 86-87.

vertido en tabú de la metapsicología de Freud, será explorada más adelante; ahora, usaremos la concepción antagónica de Eros de Freud para dilucidar las formas de represión específicamente históricas impuestas por el principio de la realidad establecido.

Al introducir el término *represión sobrante* hemos enfocado la discusión en las instituciones y relaciones que constituyen el "cuerpo" social del principio de la realidad. Éste no sólo representa las diversas manifestaciones externas de un único e inalterable principio de la realidad, sino que de hecho cambia al principio de la realidad misma. Consecuentemente, en nuestro intento de elucidar la magnitud y los límites de la represión prevaleciente en la civilización contemporánea, tendremos que describirla en términos específicos del principio de la realidad que ha gobernado los orígenes y el crecimiento de esta civilización. Lo designamos como el *principio de actuación* para subrayar que bajo su mando la sociedad está estratificada de acuerdo con la actuación económica competitiva de sus miembros. Desde luego, éste no es el único principio de la realidad histórico: otras formas de organización social no solamente han prevalecido en las culturas primitivas sino que también sobreviven en el período moderno.

El principio de actuación, que es el que corresponde a una sociedad adquisitiva y antagónica en constante proceso de expansión, presupone un largo desarrollo durante el cual la dominación ha sido cada vez más racionalizada: el control sobre el trabajo social reproduce ahora a la sociedad en una escala más amplia y bajo condiciones cada vez más favorables. Durante un largo tiempo, los intereses de la dominación y los intereses del conjunto coinciden: la provechosa utilización del aparato productivo satisface las necesidades y facultades de los individuos. Para una vasta mayoría de la población, la magnitud y la forma de satisfacción está deter-

minada por su propio trabajo; pero su trabajo está al servicio de un aparato que ellos no controlan, que opera como un poder independiente al que los individuos deben someterse si quieren vivir. Y este poder se hace más ajeno conforme la división del trabajo llega a ser más especializada. Los hombres no viven sus propias vidas, sino que realizan funciones preestablecidas. Mientras trabajan no satisfacen sus propias necesidades y facultades, sino que trabajan *enajenados*. Ahora el trabajo ha llegado a ser general y, por tanto, tiene las restricciones impuestas sobre la libido: el tiempo de trabajo, que ocupa la mayor parte del tiempo de vida individual, es un tiempo doloroso, porque el trabajo enajenado es la ausencia de gratificación, la negación del principio del placer. La libido es desviada para que actúe de una manera socialmente útil, dentro de la cual el individuo trabaja para sí mismo sólo en tanto que trabaja para el aparato, y está comprometido en actividades que por lo general no coinciden con sus propias facultades y deseos.

Sin embargo —y este punto es decisivo—, la energía instintiva que es desviada así no se suma a los instintos agresivos (sin sublimar) porque su utilización social (en el trabajo) sostiene e inclusive enriquece la vida del individuo. Las restricciones impuestas sobre la libido se hacen más racionales conforme son más universales, conforme cubren de una manera más completa el conjunto de la sociedad. Operan sobre el individuo como leyes externas objetivas y como una fuerza internalizada: la autoridad social es absorbida por la "conciencia" y por el inconsciente del individuo y actúa de acuerdo con sus propios deseos, su moral y para su satisfacción. Dentro del desarrollo "normal", el individuo vive su represión "libremente" como su propia vida: desea lo que se supone que debe desear; sus gratificaciones son provechosas para él y para los demás; es

razonable y hasta a menudo exuberantemente feliz. Esta felicidad, que tiene lugar en parte durante las horas de ocio entre los días o las noches de trabajo, pero también algunas veces durante el trabajo, le permite continuar su actuación, que a su vez perpetúa su trabajo y el de los demás. Su actuación erótica es puesta en la misma línea que su actuación social. La represión desaparece en el gran orden objetivo de las cosas, que recompensa más o menos adecuadamente a los individuos sometidos y, al hacerlo, reproduce más o menos adecuadamente a la sociedad como conjunto.

El conflicto entre la sexualidad y la civilización se despliega con este desarrollo de la dominación. Bajo el mando del principio de actuación, el cuerpo y la mente son convertidos en instrumentos del trabajo enajenado; sólo pueden funcionar como tales instrumentos si renuncian a la libertad del sujeto-objeto libidinal que el organismo humano originalmente es y desea ser. La distribución del tiempo juega un papel fundamental en esta transformación. El hombre existe sólo parte del tiempo, durante los días de trabajo, como un instrumento de la actuación enajenada; el resto del tiempo es libre para sí mismo. (Si el día medio de trabajo, incluyendo la preparación y la transportación, es de diez horas, y si las necesidades biológicas de dormir y alimentarse requieren otras diez horas, el tiempo libre será de cuatro horas en cada veinticuatro durante la mayor parte de la vida del individuo.) Este tiempo libre estará potencialmente disponible para el placer. Pero el principio del placer que gobierna el id está fuera del tiempo también, en el sentido de que milita contra el desmembramiento temporal del placer, contra su distribución en pequeñas dosis separadas. Una sociedad gobernada por el principio de actuación debe imponer, por necesidad, tal distribución porque el organismo debe ser entrenado para la enajenación

en sus mismas raíces: *el ego del placer*.⁴⁵ Éste debe aprender a olvidar su exigencia de una gratificación fuera del tiempo y sin sentido utilitario, por la "eternidad del placer". Más aún, partiendo del día de trabajo, la enajenación y la regimentación se esparcen sobre el tiempo libre. Tal coordinación no tiene que ser, y normalmente no lo es, reforzada desde afuera por los agentes de la sociedad. El control básico del ocio es logrado por la duración del día de trabajo mismo, por la aburrida y mecánica rutina del trabajo enajenado; éste requiere que el ocio sea una pasiva relajación y una recreación de energía para el trabajo. Sólo en el último nivel de la civilización industrial, cuando el crecimiento de la productividad amenaza con desbordar los límites impuestos por la dominación represiva, la técnica de la manipulación en masa ha tenido que desarrollar una industria de la diversión que controla directamente el tiempo de ocio, o el estado ha tomado directamente la tarea de reforzar tales controles.⁴⁶ El individuo no debe ser dejado solo. Porque, dueño de sí mismo, y ayudado por un libre, inteligente conocimiento de las potencialidades de la liberación de la realidad de la represión, la energía libidinal generada por el id presionaría contra sus aún más ultrajantes limitaciones y lucharía por abarcar un campo todavía más amplio de relaciones existenciales, haciendo explotar, por tanto, el ego de la realidad y sus actuaciones represivas.

* Sin duda, toda forma de sociedad, toda civilización tiene que imponer el tiempo de trabajo para procurarse las necesidades y lujos de la vida. Pero no todas las formas y modos de trabajo son esencialmente irreconciliables con el principio del placer. Las relaciones humanas conectadas con el trabajo pueden "proveer una considerable descarga de impulsos de componente libidinal, narcisistas, agresivos e inclusive eróticos". (El *malestar en la cultura*, p. 34, nota.) El irreconciliable conflicto no es entre el trabajo (principio de la realidad) y Eros (principio del placer), sino entre el trabajo enajenado (principio de actuación) y Eros. La noción de un trabajo libidinal no enajenado será discutida más adelante.

⁴⁶ Ver *infra*, capítulo IV.

La organización de la sexualidad refleja las características básicas del principio de actuación y su organización de la sociedad. Freud subraya el aspecto de centralización. Éste es esencialmente operativo en la "unificación" de los diversos objetos de los instintos parciales en un solo objeto libidinal del sexo opuesto y en el establecimiento de la supremacía genital. En ambos casos, el proceso unificador es represivo —esto es: los instintos parciales no se desarrollan libremente dentro de un "más alto" nivel de gratificación que preserva sus objetivos, sino que son mutilados y reducidos a funciones subalternas. Este proceso logra la desexualización del cuerpo socialmente necesaria: la libido llega a estar concentrada en una sola parte del cuerpo, dejando casi todo el resto libre para ser usado como instrumento de trabajo. La reducción temporal de la libido es suplementada, así, por su reducción espacial.

Originalmente, los instintos sexuales no tienen limitaciones temporales y espaciales extrínsecas en su objeto y su sujeto; la sexualidad es por naturaleza "polimorfa perversa". La organización social de los instintos sexuales convierte en tabús como perversiones prácticamente todas sus manifestaciones que no sirven o preparan para la función procreativa. Sin las más severas limitaciones, ellas contraatacarían a la sublimación, de la que depende el crecimiento de la cultura. De acuerdo con Fenichel, "los impulsos pregenitales son el objeto de la sublimación" y la primacía genital es su prerequisite.⁴⁷ Freud se preguntó por qué el tabú sobre la perversión es mantenido con tan extraordinaria rigidez. Llegó a la conclusión de que nadie puede olvidar que las perversiones no son meramente detestables, sino también algo monstruoso y aterrador: "como si ejercitaran una influencia seductora; como si en el fondo una secreta envidia de aquellos que gozan con

⁴⁷ *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, p. 142.

ellas tuviera que ser estrangulada".⁴⁸ Las perversiones parecen dar una *promesse de bonheur* más grande que la de la sexualidad "normal". ¿Cuál es la fuente de su promesa? Freud subrayó el carácter "exclusivo" de las desviaciones de la normalidad, su repudio del acto sexual procreativo. Las perversiones expresan así la rebelión contra la subyugación de la sexualidad al orden de la procreación y contra las instituciones que garantizan este orden. La teoría psicoanalítica ve en las prácticas que excluyen o previenen la procreación una oposición contra la obligación de continuar la cadena de reproducción y por tanto de la dominación paternal: un intento de prevenir la "reaparición del padre".⁴⁹ Las perversiones parecen rechazar el completo esclavizamiento del ego del placer por el ego de la realidad. Exigiendo libertad instintiva en un mundo de represión, a menudo están caracterizadas por un fuerte repudio de ese sentimiento de culpa que acompaña a la represión sexual.⁵⁰

Gracias a su rebelión contra el principio de actuación en nombre del principio del placer, las perversiones muestran una profunda afinidad con la fantasía, como la actividad mental que "fue conservada libre de las condiciones de la realidad y permaneció subordinada sólo al principio del placer".⁵¹ La fantasía no sólo juega un papel constitutivo en las manifestaciones perversas de la sexualidad;⁵² como imaginación artística, también liga las perversiones con las imágenes integrales de libertad y gratificación. En un orden represivo, que refuerza la ecuación entre normal, socialmente útil y bueno, las manifestaciones del placer por sí mismo deben

* Introducción al psicoanálisis, p. 282.

* G. Barag, "Zur Psychoanalyse der Prostitution", en *Imago*, vol. XXIII, n.º 3, 1937, p. 345.

* Otto Rank, *Sexualität und Schuldgefühl*, Leipzig, Viena, Zurich, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1926, p. 103.

* Los dos principios del suceder psíquico, C. P., IV, pp. 16-17.

* Rank, *Sexualität und Schuldgefühl*, pp. 14-15.

aparecer como *fleurs du mal*. Contra una sociedad que emplea la sexualidad como medio para un fin útil, las perversiones desarrollan la sexualidad como un fin en sí mismo; así se sitúan a sí mismas fuera del dominio del principio de actuación y desafían su misma base. Establecen relaciones libidinales que la sociedad debe aislar porque amenazan con invertir el proceso de la civilización que convirtió el organismo en un instrumento de trabajo. Son símbolos de lo que tiene que ser suprimido para que la supresión pueda prevalecer y organizar una más eficaz dominación del hombre y la naturaleza —son un símbolo de la destructiva identidad entre la libertad y la felicidad. Más aún, permitir la práctica de perversiones pondría en peligro la reproducción ordenada no sólo del poder de trabajo, sino quizá inclusive de la humanidad. La fusión de Eros y el instinto de la muerte, precaria inclusive en la existencia humana normal, parece separarse en esas condiciones más allá del punto de peligro. Y la separación de la fusión hace manifiesto el componente erótico del instinto de la muerte y el componente fatal en el instinto sexual. Las perversiones sugieren la identidad última de Eros y el instinto de la muerte, o la sumisión de Eros al instinto de la muerte. La tarea cultural (¿la tarea vital?) de la libido —o sea, hacer el "instinto destructivo inofensivo"—⁵³ llega a ser aquí totalmente inútil: el impulso instintivo, en busca de una última e integral satisfacción, regresa del principio del placer al principio del Nirvana. La civilización ha reconocido y sancionado este supremo peligro: admira la convergencia del instinto de la muerte y Eros en las creaciones altamente sublimadas (y monogámicas) de la *Liebestod*, y en cambio proscribía las expresiones menos completas pero más realistas de Eros como un fin en sí mismo.

* Freud, *El problema económico del masoquismo*, C. P., II, 260.

No existe una organización social del instinto de la muerte paralela a la de Eros; la misma profundidad en la que el instinto opera lo protege de tal organización sistemática y metódica; sólo algunas de sus manifestaciones derivadas son susceptibles de ser controladas. Como un componente de la gratificación sadomasoquista, cae dentro de los estrictos tabús sobre las perversiones. Sin embargo, el progreso total de la civilización es hecho posible sólo mediante la transformación y utilización del instinto de la muerte y sus derivados. La desviación de la destructividad original del ego al mundo exterior alimenta el progreso técnico, y el uso del instinto de la muerte para la formación del superego logra la sumisión punitiva del ego del placer al principio de la realidad y asegura la moral civilizada. En esta transformación, el instinto de la muerte es puesto al servicio de Eros; los impulsos agresivos proveen energía para la continua alteración, dominio y explotación de la naturaleza para el provecho de la humanidad. Al atacar, dividir, cambiar, pulverizar las cosas y los animales (y, periódicamente, también a los hombres), el hombre extiende su dominación sobre el mundo y avanza a niveles aún más ricos de civilización. Pero la civilización conserva la marca de su mortal componente:

...nos vemos casi obligados a aceptar la horrible hipótesis de que en la misma estructura y sustancia de todos los esfuerzos humanos constructivos y sociales está envuelto el principio de la muerte, que no hay impulsos progresivos sin límites de fatiga, que el intelecto no puede proveer ninguna defensa permanente contra un vigoroso barbarismo.⁵⁴

La destructividad socialmente canalizada revela una y otra vez su origen en un impulso que vence toda

⁵⁴ Wilfred Trotter, *Instincts of the Herd in Peace and War*, Londres, Oxford University Press, 1953, pp. 196-197.

utilización. Detrás de los múltiples motivos racionales y racionalizados a favor de la guerra contra naciones y grupos enemigos, a favor de la destructiva conquista del tiempo, el espacio y el hombre, el mortal compañero de Eros se manifiesta en la persistente aprobación y participación de las víctimas.⁵⁵

"En la construcción de la personalidad el instinto de destrucción se manifiesta a sí mismo con mayor claridad en la formación del superego."⁵⁶ Con toda seguridad, por su papel defensivo contra los impulsos "irrealistas" del id, por su función en la duradera conquista del complejo de Edipo, el superego construye y protege la unidad del ego, asegura su desarrollo bajo el principio de la realidad, y trabaja así al servicio de Eros. Sin embargo, el superego consigue estos objetivos dirigiendo al ego contra su id, volviendo una parte de los impulsos destructivos contra una parte de la personalidad —"dividiendo" la unidad de la personalidad como totalidad mediante la destrucción; así, trabaja al servicio del antagonista del instinto de la vida. La destructividad interiormente dirigida, sin embargo, constituye el centro moral de la personalidad madura. La conciencia, la más apreciada institución moral del individuo civilizado, sale a la luz atravesada por el instinto de la muerte; el imperativo categórico, que el superego refuerza, permanece como un imperativo de autodestrucción, al tiempo que construye la existencia social de la personalidad. La obra de la represión pertenece tanto al instinto de la muerte como al de la vida. Normalmente su fusión es saludable, pero la prolongada severidad del superego amenaza constantemente este saludable equilibrio. "Conforme más reprime un hombre su agresividad contra los demás, más tiránico, esto es, agresivo,

⁵⁵ Ver Freud, *¿Por qué la guerra?* C. P., V, 273 ss.

⁵⁶ Franz Alexander, *The Psychoanalysis of the Total Personality*, p. 159.

llega a ser su ego ideal... y más intensas llegan a ser las tendencias agresivas de su ego ideal contra su ego."⁵⁷ Conducido al extremo, en la melancolía, "una pura cultura del instinto de la muerte" puede tomar el mando en el superego: puede llegar a ser un "lugar de reunión para los instintos de la muerte".⁵⁸ Pero este peligro extremo tiene sus raíces en la situación *normal* del ego. Puesto que el trabajo del ego da por resultado una

...liberación de los instintos agresivos en el superego, su lucha contra la libido está expuesta a los peligros del maltrato y la muerte. Al sufrir bajo los ataques del superego, o quizá inclusive sucumbir a ellos, el ego se enfrenta a un destino semejante al de los protozoarios que son destruidos por los productos de desintegración que ellos mismos han creado."

Y Freud agrega que "desde el punto de vista económico (mental) la moral que funciona en el superego parece ser un producto de desintegración similar".

Es dentro de este contexto donde la metapsicología de Freud llega a estar cara a cara con la fatal dialéctica de la civilización: el mismo progreso de la civilización lleva a la liberación de fuerzas destructivas cada vez más potentes. Para elucidar la relación entre la psicología individual de Freud y la teoría de la civilización, será necesario resumir la interpretación de la dinámica instintiva en un nivel diferente: el filogenético.

⁵⁷ El Yo y el Ello, pp. 79, 80.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 77, 79.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 84.

III. EL ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN REPRESIVA (FILOGÉNESIS)

La investigación sobre el origen de la represión lleva, hacia atrás, al origen de la represión instintiva, que ocurre durante la primera infancia. El superego es el heredero del complejo de Edipo, y la organización represiva de la sexualidad es dirigida principalmente contra sus manifestaciones pregenitales y perversas. Mas aún, el "trauma del nacimiento" libera las primeras expresiones del instinto de la muerte —el impulso de regresar al Nirvana de la matriz— y necesita los controles subsecuentes de este impulso. Es en el niño donde el principio de la realidad completa su trabajo con tal perfección y severidad que la conducta del individuo maduro es difícilmente algo más que una copia repetitiva de las experiencias y reacciones de la niñez. Pero las experiencias infantiles que llegan a ser traumáticas bajo el impacto de la realidad son *preindividuales*, *genéricas*: con variaciones individuales, la prolongada dependencia del infante humano, la situación edipiana y la sexualidad pregenital pertenecen al género hombre. Más aún, la irrazonable severidad del superego de la personalidad neurótica, el sentido de culpa inconsciente y la inconsciente necesidad de castigo, parecen estar fuera de proporción en relación con los actuales impulsos "lentos de pecado" del individuo; la perpetuación y (como veremos) la intensificación del sentido de culpa atraviesa la madurez; la organización excesivamente represiva de la sexualidad no puede ser explicada adecuadamente en términos de los todavía ligeros peligros de los impulsos individuales. Ni tampoco pueden ser explicadas adecuadamente las reacciones individuales a los primeros traumas por "lo que el individuo en sí mismo ha experimentado"; ellas se desvían de las experiencias individuales "de una manera que estaría mucho más de acuerdo con el hecho de que fue-